

LA ESTACIÓN DE CHAMBERÍ

XIBELIUSS

Esta obra está bajo una licencia Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Unported de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

Gran palacio del Billar

Los brazos de Lobo no tenían vello, pero, bajo la piel, sus músculos se movían como un nudo de serpientes dentro de un saco. En el derecho llevaba tatuada una mujer de grandes pechos. En el izquierdo, el más cercano al corazón, un viva la muerte y el escudo legionario. Quizás fue allí donde se acostumbró a vestir siempre igual: con frío o calor, pantalón holgado y camisa remangada, el cuello abierto hasta el quinto botón. Le daba tiza al taco buscando con la mirada carambolas escondidas en la mesa de billar. Se inclinó sobre ella con parsimonia, marcó un par de veces la figura y golpeó. Falló por poco más que el filo del aire. Enseñó desganado un colmillo a la concurrencia y se aseguró que Toni Comadreja subía sus puntos al contador.

Indio era, si cabe, más enjuto que el legionario. Parecía no haber visto siquiera la jugada, con el codo apoyado sobre el taco y una colilla apurándose en la punta de los labios. Con aquella luz cenital las pupilas se escondían en el fondo oscuro de sus cuencas y nadie entre el público podía adivinar su continuo movimiento, siempre

alerta. Al fin, ese movimiento fluyó hacia el resto del cuerpo y se acercó serpenteando hasta la mesa para soltar un golpe duro y seco. La ceniza de la colilla ni siquiera se inmutó. Fue casi como una finta de ballet.

El Palacio del Billar Gran Flamingo's era poco más que un pasillo ancho en los sótanos de un edificio de Calle Principal. Ofrecía al público seis mesas veteranas en mil batallas y guardaba otra, en perfecto estado al fondo a la derecha, para los retos de relumbrón. Las seis primeras semejaban camillas de la morgue, alineadas a oscuras esperando algún huésped en la noche. En torno a la mesa del honor se agrupaba el variopinto público reunido para la ocasión. Expectante, en respetuoso silencio. Al principio Mari Castañuelas, única mujer entre hombres, había pedido una moneda para poner a Encarnita Polo. Toni Comadreja, casi sin pensar, se dirigió a la gramola, pero El Manco le hizo un gesto negativo y volvió a su sitio junto al contador. Así que sólo alguna tos y algún suspiro contenido rivalizaban con el tenso chasquido de las bolas.

Indio encadenó carambolas con la precisión de un delineante. Una, dos, tres, cuatro. Afianzó cada uno de los clavos del ataúd dispuesto para la reputación de Lobo. El encanto se rompió tras la última jugada: un lujo a cuatro bandas con sabor a regodeo. Tebib estalló en risotadas, exigiendo a voces su dinero ¡aquí y ahora!. Los demás revolvieron sus carteras entre maldiciones a santos de todas las religiones. Mari Castañuelas consiguió la moneda que hizo cantar a Encarnita Polo, pero nadie bailó. Los dos contrincantes, ajenos al bullicio, mantuvieron una breve conversación en susurros, Al final Indio asintió y se desplazó entre las tinieblas del Palacio hacia las escaleras de salida. Tebib le siguió poco después repasando sus ganancias, cachondeándose de los perdedores.

-Toni, me he quedado sin tabaco. ¿Puedes acercarte donde Dino a por cigarrillos? -Lobo tendió un billete- Quédate con el cambio.

Comadreja le miró de arriba abajo. No lo cogió. Se volvió hacia el grupo que rodeaba al Manco.

Alguien dio un golpe en la gramola.

Valentín

Nunca amé a una mujer como amé a aquella. Como aquella primera noche. Tocaba la orquesta de Rudy Ventura y el Pasapoga estaba de bote en bote. Romano ya me había visto, pero con semejante jaleo mi martini de vodka tendría que esperar. Entretuve el tiempo jugueteando con el encendedor al ritmo que marcaba el baterista, espiando a hurtadillas mi figura en los espejos. De repente, el perfume; un perfume de violetas como una uña deslizándose en la base de la espalda. Romano me sirvió en ese justo momento, atendiendo ya a esa mujer. Qué mujer. Pidió tres cocktails. Yo, paralizado, sólo podía mirar su vestido blanco. Por un segundo nuestros ojos se encontraron. Ella retiró la mirada de inmediato, pero volvió. La cabeza un poco ladeada, un atisbo de sonrisa en las pestañas. Pero Romano le plantó delante sus consumiciones y ella se alejó por la pista sorteando a los bailarines.

Me hubiese gustado interrogar al camarero, quién es, nunca la he visto por

aquí. Pero fue imposible con tanta gente. Me dedique a observarla desde lejos, allí en su mesa, una reina junto a sus damas de honor. El pelo, no muy largo, con las puntas hacia adentro. Las manos, pájaros que sólo sabían posarse para acercar la copa a sus labios. Esa curva de los hombros. Y la luz de sus ojos, capaz de deslumbrarme por encima de todo el público del Pasapoga. Nunca he sido un pusilánime. Fui a buscarla.

¿Le gustaría bailar?

Oh, estoy con mis amigas.

Entiendo. Tal vez, en otra ocasión...

¿Oiga, por qué no? Vamos ahora.

Un momento de titubeo al tomar su cintura. Pensé en cuál de mis mañas usaría para impresionarla. No hizo falta. Como en un chasquido de dedos nuestros cuerpos se fundieron en uno con la música y cómo bailamos. Ninguno guiaba al otro. Los dos supimos lo que debíamos hacer en cada instante, gotas de agua que se unen sobre el cristal para formar un todo. Rudy nos miró desde el escenario y asintió con una sonrisa. Nos dedicó lo mejor de su repertorio: El Continental, Cheek to Cheek, La Luna de Miel, Caminito... Nosotros enlazamos una pieza tras otra sin detenernos, sin pensar; apartando como inútiles los malabarismos y los fuegos de artificio que sólo podrían estorbar el espíritu del dios de la danza que nos había poseído. Hubo quien inició un tímido aplauso cuando al fin volvimos a la mesa.

La noche terminó con un beso en su mano y una cita: el próximo jueves, en el mismo lugar.

Hay quien no entenderá lo nuestro, me dijo la segunda vez que nos vimos. Nuestro tiempo ha de ser sólo el presente. No te preguntaré por tu historia, no te contaré la mía. No me llevarás a casa, no hablaremos por teléfono. Cada vez que nos despedamos, si nos apetece a los dos, concertaremos el próximo encuentro. He

visto un bello camino delante de nosotros y quiero dejarte claro cuál es mi equipaje. Posó un dedo sobre mis labios cuando quise decir algo ¿Sí? Sí. Y las reglas se grabaron en piedra de tal modo que jamás volvimos a hablar de ellas. Cada una de nuestras citas fue la primera.

“Sé cómo es tener alas en los pies y sobrevolar la ciudad en trance” le cantó el viejo ojos azules a los jóvenes amantes. Sí. Todo es nuevo cada vez que te enamoras. Aunque no sea la primera vez. Piensas que nadie sabe lo que tú sabes. Nuestro amor fue así. Un tierno verano de miradas cómplices, de momentos robados, de estrellas recorriendo el firmamento unicamente para que nosotros susurrásemos deseos a su estela. Y el baile, claro. Todo tenía sentido cuando salíamos a la pista del Pasapoga. Nuestras vidas habían sido un mero entrenamiento para alcanzar ese sacramento definitivo.

Me preparaba para verla cuando el accidente. Yo, el bailarín, el más joven de los viejos de la residencia, el que despreciaba de tal manera a sus compañeros amortajados en vida que nunca crucé una palabra con ninguno de ellos. Me caí al salir de la ducha. Me rompí la clavícula y la cadera en tres sitios diferentes. Cuando acudieron a socorrerme sólo pedía que, por favor, alguien tenía que ir al Pasapoga para dar un recado. Me puse tan frenético que si no hubiese estado impedido las monjitas me habrían colocado la camisa de fuerza. Entre en quirófano la mañana siguiente.

Más de seis meses tardé en sujetarme lo suficiente sobre las muletas como para poder llegar al Pasapoga. Seis meses de ruegos desatendidos y de poner hasta el último gramo de mi alma en una rehabilitación salvaje. Tuve que cortar el alborozado saludo de Romano. Ella. Un gesto de desamparo. No sabíamos nada de ti. Al principio venía todos los jueves. Se sentaba en su mesa y miraba hacia las escaleras. Un día, un hasta luego. No dijo nada más. No volvió.

Quizás lo que más dolió fue qué pensó. Arrastre mis muletas por cada uno de los jardines donde habíamos paseado. Los cafés donde nos besamos. Las huellas en la playa que el mar de la vida se llevó. No encontré siquiera una sombra que confundir con la suya.

Dejo pasar mis últimos días en la residencia, agazapado tras los ventanales. Las golondrinas se preparan para partir. Su vuelo trae recuerdos de aquellas manos danzarinas con sabor de violetas. Los médicos dicen que con un mínimo esfuerzo por mi parte podría abandonar la silla de ruedas. Para qué.

Bailar nunca sería lo mismo.

Los Oliván

Amadeo Oliván fue el séptimo hijo de los doce que puso en el mundo Zenón Oliván, vigésimo segundo marqués de Cinco Olivas. Los doce, todos ellos varones, fueron bautizados con nombres encabezados por la letra A. Amadeo, después de todo, no salió muy mal parado. Sus hermanos Adelmo, Anacleto, Astenio y Aldegundo, sobre todo, siempre pensaron que habían sufrido la venganza del padre contra su propio nombre.

El primero en ostentar el título fue un tal Bernardo, miembro ya de una casa de recio abolengo, que en tiempos de Pedro I se distinguió por su saña en el expolio de los bienes de doña Sibila de Forcia. El rey le entregó como recompensa el marquesado y los derechos sobre el pueblo del mismo nombre, además de integrarle en su círculo más íntimo e influyente. Bernardo dejó escrito en su testamento que flaco obsequio le había hecho la corona después de tantos desvelos: apenas un villorrio de mala muerte donde hubieron de contar los árboles para

ponerle nombre. Y es que, tras la prematura muerte de Pedro en accidente de caza, Bernardo intentó sin éxito mantener su posición en la corte del sucesor, Martín el Humano. Pronto cayó en desgracia y hubo de instalarse en sus nuevas posesiones, poco menos que desterrado. Tampoco mantuvo buenas relaciones con sus vasallos; ni él ni sus descendientes consiguieron nunca hacerse querer y el respeto lo ganaron por las armas. El cuarto marqués acabó convirtiendo el solar de la familia en un auténtico fortín. Por si las moscas.

Zenón Oliván tuvo el honor de ser el encargado de dilapidar los últimos bienes de la ya muy menguada hacienda de los Cinco Olivas. Quedaba el título, claro, y la grandeza de ser parte de un linaje más antiguo que la Casa de Alba. Pero Amadeo recordaba su infancia como un barco que se hunde. Continuamente desaparecían objetos del palacete, camino del Monte de Piedad: hoy unos cuadros, mañana el carillón, al otro los cortinajes... Salió espabilado el chico. Pronto se dio cuenta que, siendo el séptimo en la línea de sucesión, nada iba a recibir en herencia. Así que se buscó las habichuelas por su cuenta.

Entró en política, por amistades comunes, en el grupo más cercano a Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo. Al principio se lo tomó como una cuadrilla de señoritos donde soltar bravuconadas y reírse con travesuras de patio de colegio. Sin embargo, acabó intimando con Onésimo y sus largas conversaciones le llenaron el pecho de grandiosos ideales. Se implicó mucho más de lo que tenía previsto. Formó parte de la mesa que negoció la unión con la Falange y fue de los pocos que se opuso a la expulsión de Ramiro, con quien estuvo a punto de irse. Cuando el Alzamiento se destacó como uno de los primeros y más entusiastas voluntarios en entrar en combate.

Pero lo que vivió en la guerra le cambió por completo. La guerra y las muertes de sus mentores: Redondo, Ledesma, Ruiz de Alda... José Antonio, al que admiraba pese a ciertas discrepancias ideológicas. También desconfió de la forzada unión con los tradicionalistas, del abandono de las grandes ideas, de las maniobras de los

trepadores profesionales... en general, del camino que anunciaba el régimen. El baño de sangre convirtió al chico espabilado en un cínico buscavidas. Cuando el resto del país se preparaba para los años del hambre y el racionamiento, él se codeaba con los nuevos jefes en la barra de Chicote, cultivando amistades y contactos. Era el rey de la noche.

Él fue uno de los muñidores que consiguieron introducir a Albert Elder en los despachos del mismísimo palacio de El Pardo. Nunca se pudo probar si conocía el timo o, en realidad, creyó en el portentoso invento que iba a permitir la fabricación de gasolina a base de agua, raíces fermentadas y un ingrediente secreto que nadie llegó a conocer. Lo cierto es que ganó una pequeña fortuna en comisiones y salió bien librado de la caída en desgracia del austriaco. Su época de bonanza había de durar aún unos cuantos años más.

Por aquel tiempo rompió los lazos con su familia. Zenón, completamente arruinado pero noble al fin, se había convertido en uno de los enlaces en la capital de Juan de Borbón, que acababa de asumir la jefatura de la Casa Real en el exilio tras la renuncia de Alfonso XIII. Zenón trató de valerse de las relaciones de su hijo para llegar hasta El Pardo. Amadeo, pese a haber dejado ya muy atrás el viejo ideario nacional sindicalista, continuaba viendo a los monárquicos como una casta de parásitos sin posibilidades y, sobre todo, de los que nada se podía rascar. Les recibía, les bailaba el agua y poco más. Así que recibió con alivio la indignación de su padre cuando decidió casarse con María, una muchacha bastante más joven que formaba parte del coro de Celia Gámez. Zenón los repudió y nunca volvieron a hablarse.

Amadeo y María vivieron una pasión intensa durante aproximadamente media hora. Luego tuvieron trece hijos en quince años, cuando el amor se escapaba a borbotones por todas las rendijas y no dejaba nada detrás, ni siquiera un rescoldo o una amistad. Mientras, la estrella de Amadeo empezó a apagarse con la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial y, cuando se firmaron los pactos con los

americanos, él ya no tenía acceso a ningún despacho importante. A partir de entonces su vida fue una sucesión de estrecheces económicas y absoluto desinterés por lo que tenía en casa.

El matrimonio fue un desastre absoluto. Las relaciones con María después de engendrar los hijos se limitaron a mentiras y algún guantazo cuando las quejas por la falta de dinero se hacían demasiado insistentes. Con los críos, sólo gritos y guantazos. Ella fue la encargada de sacar adelante a la familia. Y la que se ocultaba por los rincones para poder llorar a gusto. Amadeo nunca dejó de considerarse a sí mismo un miembro de la clase elegida que pasaba por momentáneas rachas de mala suerte. Si alguno de sus múltiples tejemanejes le reportaba algún dinero, volvía a convertirse en el rey de la noche de antaño y lo dilapidaba a manos llenas en cabaretes y burdeles. Como un señor.

El séptimo de los hijos de Amadeo tuvo como padrino de bautismo a Ramón Serrano Suñer, otro de los que se veían cada vez más alejados de los círculos de poder. Rogelio Oliván fue, entre todos los hermanos, el que sacó el carácter más parecido a su padre, lo que le costó abundantes enfrentamientos y palizas. Y también que su madre le mirase con cierto recelo. A los quince años tenía la cara cubierta de granos, medía uno noventa y ocho y pesaba ciento quince kilos. A los diecisiete, fascinado por las historias de un vecino del barrio, se alistó en la Legión Extranjera. Voluntario con honor y fidelidad.

Pasó cinco años con la 13ª brigada en Yibuti. Su intención era integrarse en la cuarta compañía para especializarse como francotirador, pero no lo consiguió y acabó adscrito al cuerpo de sanitarios. Allí fue donde se ganó el apodo que a partir de entonces adoptó como nombre: Tebib. Fueron buenos años para él, pero las cosas se estaban complicando en el cuerno de África y volvió a casa con alivio. Se encontró con ciertos problemas respecto a su servicio militar que pudo solventar opositando al Cuerpo Superior de Policía. Su primer destino fue en el País Vasco, en los años del plomo. Tuvo suerte. Se encontró bajo el mando de Castellanos, un

estupa de la vieja escuela que fue capaz de inculcarle el oficio. Y además cumplieron con su trabajo lo mejor posible en situaciones muy adversas. Su jefe supo que tal vez Tebib nunca sería el policía ideal, pero sí un policía necesario. Cuando al cabo de los años le trasladaron a Madrid para organizar la Brigada Central se lo llevó consigo.

Amadeo Oliván fue fiel a sí mismo hasta el final. Ya anciano le tocaron poco más de cinco mil pesetas en la primitiva y se fue a celebrarlo a un local de alterne de la calle Ballesta. Murió de infarto cuando una furcia le intentaba hacer una felación en el patio trasero. El rigor mortis le dejó de pie, con la espalda apoyada en una pila de cajas de cerveza y los pantalones por los tobillos. Su hijo Rogelio se encargó de escamotear el cadáver y hacerlo aparecer en un escenario más digno.

Por la familia.

Pajarito

Pesaba más de cien kilos y le llamaban Pajarito. Podrían haberle llamado Polifemo, pero el que ponía los motes en el barrio no estaba muy familiarizado con la mitología griega. Pajarito era cándido como un niño y fuerte como un tiro de bueyes. Muchas veces en la obra -donde siempre le tocaban los trabajos más duros- dejaba todo y se sentaba en el andamio con los pies colgando hacia el abismo. Y pasaba el resto de la tarde sin hacer nada, con la mirada perdida más allá de la ciudad. Como un alelado.

A Pajarito se lo trajo su hermano muy joven desde el pueblo entre montañas donde nacieron. Intentó colocarle de camarero, pero era incapaz de memorizar los pedidos o, al menos, anotarlos correctamente. Duró poco. Se pasó entonces los días jugando al balón por las plazuelas. Como un niño más. Con su tamaño. Algunos padres se preocuparon.

Su hermano le apuntó voluntario a las COES. Pasó tres años en el penal de Mahón. En su segunda noche de recluta tuvo una discusión con el imaginaria por no sé qué ronquidos y le rompió la mandíbula de un manotazo. Si llega a cerrar el puño lo mata.

Tras la licencia Pajarito zascandileó un tiempo por las islas, hasta que se enroló en la tripulación de un petrolero. Así fue como se ganó el derecho a llevar aretes en la oreja. Contaba muchas historias de aquel tiempo, de puertos, de mujeres. Pero se mareaba. Volvió al barrio. Junto a su hermano. Junto a los niños y al balón.

Pajarito tenía un ojo de cristal. De vez en cuando se lo quitaba y lo agitaba dentro del puño como un jugador de dados. Respondía con distintas versiones cuando le preguntaban cómo había perdido su ojo. Que se lo arrancó una urraca de un picotazo allá en su pueblo de las montañas. Que su madre se tragó la prótesis por accidente cuando su embarazo y menos mal que había crecido tanto, porque de niño le ocupaba toda la cara. Que con un abrecartas se lo saltó un policía en un interrogatorio, pero ni por esas había delatado a nadie. Tal vez su hermano conocía la verdad.

El gran momento de Pajarito llega si consiguen emborracharle en los puticlubs de la carretera de Valencia. No un pedo normal. Tiene que asomarse al coma etílico, mejor si es a base de pesicola y cariñena al cincuenta por ciento. Nadie ha encontrado explicación para el proceso alquímico que entonces hace brotar de tal mole la voz de los ángeles, como si se abriesen las puertas del cielo y pudiésemos asistir a un casting de querubines. El burdel se transforma en un mar de lágrimas si arranca con La Hija de Juan Simón o Madrecita del Alma Querida. Siempre Valderrama. Chicuelina dice que hay veces que de la misma emoción ya no es capaz de consumir el negocio carnal. Claro que también dijo una vez -él, que mira los documentales de la segunda- que cantaba como un castrati. Tuvimos que mandarle flores al hospital cuando alguien se lo explicó a Pajarito. Y una caña para

sorber el licor de los bombones.

Las putas rara vez le cobran.

Ella

Me pregunto en qué nos equivocamos. Nosotros, que siempre quisimos lo mejor para ella. Qué hicimos mal -excepto aquel asunto, claro.

Nos volcamos con ella cuando murió papá. Después de tantos años de matrimonio se sintió destrozada. Qué podía hacer sin su marido. Ella, que dejó atrás una prometedora carrera de bailarina para ocuparse de su familia. Renunció a todo por nosotros sin una queja. Nuestro padre, siempre tan orgulloso, nunca permitió que ella saliera de casa a trabajar para otros, “bastante tienes con nosotros” -le decía- y eso que nuestra posición económica siempre estuvo cerca del abismo. Cuántas veces en nuestra infancia alguno de nosotros la sorprendió llorando a escondidas, sin duda por las dificultades de sacar adelante tan numerosa familia.

En los momentos inmediatamente posteriores al deceso se portó como la gran mujer que siempre fue, esforzándose en mostrar su cara más risueña, casi alegre.

Nos hubiera engañado a todos de no conocerla tan bien, todo lo hacía por nosotros y por hacernos más llevadera la magnitud de su desconsuelo. Nos reunimos y decidimos tomar cartas en el asunto, antes de que fuese tarde y tanto dolor contenido le costase una enfermedad. Nuestra hermana Mariló se ocupó de todo, la apuntó en el club de excursiones de la parroquia y así pudo conocer todos los lugares con los que tanto había soñado: Fátima, Lourdes, Roma, la Denia donde se rodó Verano Azul... Acertamos, por supuesto -diría que floreció.

En una de nuestras comidas dominicales -ella siempre decía “por qué os preocupáis de una pobre vieja, con la de cosas que tendréis que hacer” pero ninguno de nosotros hubiésemos faltado a esta tradición familiar por nada del mundo- nos habló con excesivo entusiasmo de un tal Dimas, compañero del club de excursiones -“un buen hombre” -decía ella. Nos dejó muy preocupados, evidentemente, y los hermanos mantuvimos una reunión sin llegar a salir de su portal. “Este es un aprovechado que quiere quedarse con la pensión de mamá” dijo Rogelín -porque Rogelio siempre será Rogelín para nosotros, por mucho que insista en que le llamemos Tebib- “Yo me encargo”. Y vaya si lo hizo.

Algún tiempo después fuimos todos los hermanos a recoger a mamá a la vuelta de uno de sus viajes, algo que siempre sacaba a relucir su natural timidez aunque en el fondo de sus ojos asomaba el agradecimiento por el fervor que le profesábamos. Así, todos abrazados, Rogelín preguntó por Dimas. “No ha venido” -dijo mamá. “¿Cómo que no? ¿Acaso no es aquel de la visera?” Ya hubiese sido bastante malo que Rogelín sacase su arma reglamentaria, pero lo que le metió en la boca al pobre viejito fue el cañón de lo que él llama su bazooka, un Colt Python 357 Magnum de nueve pulgadas -una más que la Smith & Wesson de Harry el Sucio. Entre grandes voces le tiró al suelo, le esposó y le llevó a empujones hasta el coche camuflado. Su compañero, el de los ojos hundidos, tenía gesto de hartazgo. La pobre mamá tuvo un síncope.

Fue un error, lo reconozco. Mamá no quiso volver a aparecer por el club,

tampoco por la parroquia. Se encerró en casa y casi ni a nosotros hacía por ver. Mariló aportó una vez más la solución: su suegra María Teresa y la concuñada de ésta, María Virtudes, atravesaban una situación similar y traían también de cabeza a sus hijos. Con la excusa de un campeonato de brisca hizo coincidir a las tres en casa y demostró con creces sus habilidades de alcahueta. En poco menos de una semana se hicieron íntimas amigas e incluso querían salir juntas antes de terminar el campeonato. La tarde de su primera cita -quedaron para ir a merendar en La Menorquina- mamá deslumbraba de puro guapa. Se puso un vestido blanco -con el que se parecía a Lauren Bacall- y un perfume de violetas que a todos nos trajo a la memoria los felices días de la niñez. Era, sin duda, una reina entre sus damas de honor.

Cuánto bien le hicieron aquellas citas. Si le preguntábamos nos contaba del Café Comercial, de la Chocolatería de San Ginés, de la Rosaleda, el Campo del Moro, de museos, de exposiciones... Intentó la pobre ser feliz con todas sus fuerzas, pero ese dolor, esa pena inhumana se apoderó de ella nuevamente y tras unos meses de espejismo dejó de salir con sus amigas. Volvió a los encierros en casa, a las tardes frente al televisor, a responder a nuestras inquietudes con monosílabos...

Y al final, después de tantos afanes, ha llegado el momento temido. Qué, qué hicimos mal, qué más se nos podía exigir. Todo empezó con la comida del pasado domingo. Mamá nos dijo que había llamado su prima Ludivina y que iba a pasar unos días con ella en el pueblo. No sospechamos nada y le dimos nuestro parabién. Anteayer me llamó el administrador de la comunidad de vecinos sobre ciertos recibos no atendidos. Al preguntar en nuestro banco el director me pidió que pasase por la oficina urgentemente. "Su madre estuvo aquí el lunes a la hora de abrir. Sola. Vestía como en una película de espías: gabardina, pañuelo, gafas de sol. Se informó sobre en qué cuentas aparecía y en qué régimen, también sobre nuestros protocolos de confidencialidad. Retiró en efectivo la cantidad legal que permiten nuestras normas -quinientas mil pesetas- y emitió cheques bancarios al portador por lo que quedaba en las distintas cuentas, dando aviso de que los presentaría al cobro en

nuestra oficina del aeropuerto el mismo martes. Y así lo hizo.” Yo había palidecido de golpe. “Pero Pepe. Aparte de su cuenta, mamá figuraba como titular en las de cada uno de nosotros.” “Tú lo has dicho: titular. No son cuentas mancomunadas, con su firma basta para retirar los fondos. Me dijo que lo necesitaba para arreglar un problema que ya duraba demasiado. Te puedes imaginar que intenté impedirlo por todos los medios, pero ella se mostró muy firme. Me recordó una por una todas las normas que yo mismo le acababa de explicar y me llegó a decir que si quería que volviese con un notario. Lo único que no ha tocado son los planes de estudios que tenéis contratados para vuestros hijos.”

Rogelín está como loco y no puedo culparle. Anda buscando hasta debajo de las piedras, sin resultado hasta el momento. La prima Ludivina, por supuesto, no sabe nada. Nuestra única pista es un sobre que dejó sobre la mesa camilla del comedor con una cinta de cassette grabada. Sería demasiado doloroso transcribir aquí sus palabras: una constatación más, si cabe, de su trastorno mental. Nadie en su sano juicio arremetería así contra nosotros.

Como fondo musical de la grabación eligió una tonada de José Luis Perales.

Cosme, Poeta

La muerte aguarda sin prisa
el que reinó en el Pasapoga,
sus labios mantienen la sonrisa
y su corazón sigue en boga.

Cosme se sabía poeta y añadía, como pequeño contrabando, octavillas con sus versos antes de cerrar los envoltorios de la pollería. Después de haberlos pesado, no se vayan a creer: eran regalos de belleza e ingenio para sus clientes. Eso pensaba él.

Cosme era un artista del timo en corto. No sólo en lo que él llamaba defender el mostrador -balanzas trucadas, pesar con doble de cartón, un guante de malla indolentemente apoyado en el platillo- sino en todos los momentos de su quehacer diario. Nunca cosas grandes, pero continuas. Lo consideraba casi un magisterio. La

vida es algo muy duro y hay que estar muy alerta. Su especialidad era el treinta cuarenta, montar despiste en los cambios para sacarse una compra gratis y quizás algunas monedas más -ya sabes, toma te doy veinte, espera que llevo cambio, ahora tú me das diez... También dominaba el pequeño préstamo nunca devuelto, la reventa y las trampas en la partida de naipes en la taberna, donde se juega con duros al cinquillo. Tenía un repertorio interminable para sacar ventaja. Todo eso lejos de la pollería. Allí sólo defendía el mostrador.

La familia de Cosme era una de las más prestigiosas del barrio. Su padre fue el último coronel español en salir de El Aaiun cuando la caída del Sahara. Aquel desastre le causó tal depresión que se alistó en la Legión Extranjera como cabo reclutador. Desde allí consiguió poner bajo bandera francesa a unos cuantos chavales de la calle. Su hijo no fue uno de ellos. El andaba metido en política y su célula de lucha antifranquista arrojó un cóctel molotov en el Campo de la Mina, durante un partido de alevines del Atleti. Los únicos daños fueron las leves quemaduras del linier al patearlo en la banda, pero, ante el temor a las represalias, Cosme decidió partir al exilio londinense. Allí conoció su vocación de poeta y, sobre todo, el arte de la pequeña estafa. La vida no era fácil para un luchador por la libertad.

Volvió a España tras la famosa amnistía. No había causas contra él y le pareció que debía dejar atrás ciertas preguntas insidiosas de la policía británica. Con su olfato pronto descubrió que era un buen momento para que un poeta como él se echase la guitarra al cuello. Tocó regularmente en un local cercano al viaducto. Le resultó sencillo: unos ripios, muchas proclamas y el público caía a sus pies. Montó dúo con un chaval llamado Alberto Pérez, al que se dedicaba a sisar en los repartos. El chico tenía talento y podían haber triunfado, pero un día le abandonó para tocar con otros dos matados. Cosme nunca les perdonó, y menos cuando publicaron el disco.

Luego, tan rápido que casi no se dio cuenta, llegó el matrimonio, la pollería, los

hijos, los versos de contrabando. La sensación de haber podido llegar a más. Le gustaba beber junto a Pajarito, porque a Pajarito le gustaban sus poesías. Se quedaba embelesado si le oía recitar y siempre pedía otra. El fue la causa de uno de sus mayores disgustos. Pero no pudo guardar rencor a aquel mastodonte. Cantaba tan bien.

Resultó que el instituto del barrio convocó unos juegos florales sobre la relación entre la intelectualidad y el mundo del trabajo. Cosme consideró que aquel premio había de ser suyo por derecho de cuna. Volcó todo su saber y todo su talento en una saga de dos mil ciento doce versos -número cuidadosamente elegido por su simbolismo implícito- sutilmente inspirada en el Ulises de Joyce. En el momento de entregar su obra en secretaría descubrió con horror que el nivel de sus competidores era amenazadoramente alto. Tenía que cubrirse.

Los juegos ofrecían un primer premio, un segundo y un accesit. Cosme sabía que, con su prestigio y con su mano para las relaciones públicas, tenía asegurada su presencia en la terna. Pero para garantizar el resultado necesitaba un poco de ayuda y un pellizco más de talento. Dada la naturaleza del tema de la muestra consiguió que la organización nombrase a un obrero como el encargado de entregar los galardones. Colocó a Pajarito para el papel. Una vez logrado esto optó por un plan sencillo y elegante. Instrucciones detalladas, un sobre marcado.

Pajarito se equivocó. Accésit sonaba más importante que premio.

En una isla lejana

-Una vez nos dieron un curso de informática. ¿Sabes que una imagen puede tener millones de colores? Es fácil de creer ante una puesta de sol como ésta.

-Disfrútala. Aquí duran muy poco.

-Contigo me he acostumbrado a vivir el momento -sonrió.

-¿Conoces lo de los esquimales y la nieve? Lo de los cuarenta tonos...

-Sí, lo he oído. Para mi sólo existe el blanco. Otra cosa que me he perdido.

Un trago a la copa de mamajuana. Un instante de silencio.

-Nunca he amado a una mujer como te amo a ti. Y, perdóname, hubo unas cuantas. Lo sabes.

-Desde que te vi la primera vez. Junto al mostrador. Me pregunté cómo un

hombre así podía estar solo. Desprendías historia.

-¡Menudo galán de pacotilla! Tú me pareciste una princesa. No: una reina.

Ella rió.

-¡Y en realidad era la cenicienta! La criada a la que no dejan ir al baile.

-El baile... ¿recuerdas cuando bailábamos?.

-Sí... -ella pierde la mirada- No puedo olvidarlo.

-Tú y yo merecíamos más.

-¡Calla! Me diste tanto. Tú me hiciste persona. Me armaste de valor. Yo estaba muerta.

-No hables de eso.

-Tengo que hacerlo. Es cierto que antes intenté vivir... o pensaba que lo intenté. Fue tu marcha lo que me hizo plantarme. Decir: ahora, yo.

-Mi marcha, dices.

-Es lo que yo creí entonces. El mundo se me hizo añicos, pero de esos añicos hemos construido esto -ella tomó su mano- El día que volviste fue el más feliz de mi vida. Más que cuando nos conocimos, incluso. Y el listón estaba alto.

-También para mí. Pensé que ya no había otra forma de abandonar a las monjitas...

La noche había caído como el telón de un escenario. De repente él se llevó la mano a la sien.

-¡Uy! Tengo que irme.

-¿Qué sucede? -no se alarmó.

-No lo tengo muy claro. Los aparatos se han puesto a pitar como locos y la habitación se ha llenado de enfermeras. Viene el médico.

-¿Te estás muriendo?

-Pues vete a saber. A lo mejor esta vez sí. Tú espérame. No tardo. Si me retraso

subo directamente al dormitorio.

Un beso como brisa en los labios. Ella se echó la chaqueta por los hombros. Empezaba a refrescar.

Warheitmeister

El profesor Warheitmeister estrechó una vez la mano del Doctor Jiménez del Oso. Fue a la salida de una conferencia. También intentó entregarle una copia mecanografiada del manuscrito de mil cuatrocientas cuarenta páginas que recogía sus investigaciones hasta el momento sobre sucesos paranormales. El doctor le pidió que, por favor, se lo enviase por correo postal. Luego olvidó darle su dirección. Warheitmeister no se lo tuvo en cuenta. Un hombre tan ocupado.

Desde entonces había completado siete volúmenes más. Estaba convencido de hallarse en la senda correcta para encontrar la explicación racional y unitaria de la otra realidad. De aquella que el paradigma científico de nuestro tiempo se empeña en evitar. El profesor Warheitmeister reconocía una inmensa deuda de gratitud con personalidades como Antonio José Alés o el noble Germán de Argumosa. Ellos fueron quienes le mostraron las ocultas claves del saber, atisbos de una verdad arcana hurtada al común de la sociedad. Y sin embargo, sin falsa modestia, estaba

convencido de haber llegado varios pasos más allá de sus mentores. Trabajaba en las aplicaciones prácticas del secreto. Como los viejos alquimistas se consideraba capaz de transformar el plomo de la realidad oficial en el oro de la verdad absoluta.

Según su carnet de identidad, el profesor Warheitmeister se llamaba Angel Manuel Soriano de las Flores. Durante años mantuvo una pequeña gestoría en el barrio y su contacto con el mundo esotérico se limitaba a la escucha de algunos programas de radio al calor del brasero y la mesa camilla de su casa de renta antigua. Sólo después del fallecimiento de su esposa el profesor se atrevió a cerrar la oficina. No era rentable desde hacía demasiado tiempo. Consiguió unos ingresos extras como cobrador de Santa Lucía y le siguió llevando las cuentas a algunos negocios del barrio. El billar del Manco, la pollería de Cosme, comunidades de vecinos. Pero, sobre todo, tuvo tiempo para dedicarse en profundidad al estudio de lo oculto. A mecanografiar -papel carbón, un solo espacio- sus asombrosas monografías sobre los hechos extraños.

Sus últimas investigaciones se centraban en las líneas Hartmann y las varillas de zahorí. Artefacto que, según algunos estudiosos, entroncaba directamente con la estaca que Moises usó para golpear la roca y hacer brotar agua del desierto. También se mostraba muy sensible ante los luctuosos sucesos, provocados sin duda por un ser maligno, que atemorizaban a sus conciudadanos. El se encontraba en posesión de los conocimientos necesarios para contrarrestarlos. Siguiendo la cuadrícula de las líneas Hartmann podría delimitar los lugares propicios para constituirse en foco de maldad. Tendría en cuenta que los polos opuestos se atraen y que una muestra de materia colocada en un elemento de detección multiplica enormemente su potencialidad. Y que es posible trabajar con un péndulo o unas varillas sobre una representación gráfica y obtener resultados fehacientes.

Su ciudad estaba en peligro.

El tenía la solución y podía demostrarlo.

Ató con hilo de cobre una cabeza de ajos a una vara de avellano y extendió el plano del metro sobre la mesa camilla.

Gusano de seda

Un pueblo de la sierra de Madrid, en los inicios de su consolidación como residencia de fin de semana. Zona de las nuevas urbanizaciones. Muchas obras, pocas viviendas habitadas. Dos guardias en patrulla nocturna. Jóvenes, inexpertos. Cargados de ilusión e ideales. Un grupo sospechoso junto a un coche de potente motor. No les han visto. Deciden un pequeño rodeo y dejarse caer cuesta abajo hacia ellos. Punto muerto, luces apagadas. Un ruido delator. Los sospechosos suben al coche abandonando una maleta en la huida. Persecución frenética. Sirena a todo trapo.

De repente un agujero perfectamente redondo en el parabrisas. Y otro. Y otro.

-¡Nos están disparando!

Petición de refuerzos por radio. La palanca del micro se queda enganchada y en la Casa Cuartel oirán todo en directo. La ventanilla no quiere bajar. Plomos zumbando. Humo, mucho humo dentro del coche.

-¡Dispara, Santi, dispara, por Dios!

Un puñetazo a lo que queda del parabrisas. Santiago les tira con todo lo que tiene. Juan, sin soltar el volante, le pasa su arma, sus cargadores. La radio chilla ordenes a todas las unidades. Guardia Civil, policía, municipales, todos quieren llegar cuanto antes.

Los malos escapan. Da igual, caerán antes de dos meses en un control rutinario. Los jóvenes guardias bajan del coche y se palpan el uno al otro en busca de heridas. No pueden creer que hayan salido ilesos. El teniente casi llora cuando regresan al puesto. Los había imaginado muertos en una cuneta, atravesados a balazos, estrellados en cualquier curva. En la maleta abandonada encuentran treinta kilos de opio de una pureza inimaginable veinte años después. Opio que no llegó a las calles.

Veinte años después a Santiago Anel todavía le costaba dormir. Esos quince, treinta minutos cambiaron su vida entera. No es que hubiera hecho planes concluyentes, pero sí fantaseaba con un tiempo al servicio de la sociedad y luego un retiro tranquilo y respetado, posiblemente en su tierra extremeña, cuidando por igual olivos y chavales junto a la mujer que en algún momento llegaría. Pero ese breve lapso de tiempo -un porcentaje infinitesimal del total de una vida normal- le hizo meditar sobre la precariedad de la existencia. Al reparar el coche patrulla encontraron una bala de las muchas que les dispararon. Un pedazo de metal de apenas diez gramos. El frontal del vehículo medía algo más de metro y medio. Nunca supieron con seguridad cuántos de aquellos plomazos lo atravesaron. Lo normal sería que cualquiera de ellos les hubiese alcanzado. Lo normal sería que tanto él como su compañero estuviesen muertos.

A partir de entonces vivió ligero de equipaje y evitó todo compromiso. De hecho dejó el Cuerpo poco después y pasó a la Policía Nacional. Sacrificó ascensos y carrera profesional por una difusa sensación de seguridad, por no moverse de territorio conocido. Llevaba viviendo más de quince años en la misma pensión de la

calle Virtudes. Sus necesidades de relación con otros seres vivos las cubría a base de conversaciones más o menos cuarteleras con sus compañeros y, sobre todo, con el pequeño criadero de gusanos de seda que mantenía en su habitación. No se veía capacitado para hacer asumir a otros el dolor de una pérdida ni para soportarla él mismo. Había decidido que ésa era la única manera de enfrentarse con éxito al hecho de la definitiva inconsistencia de la vida. En su comisaría, en sus calles, le miraban como a un monumento. Pocas veces tuvo que volver a sacar su arma de fuego. Y, mucho menos, que disparar.

Era ya costumbre de Santiago Anel levantarse antes del alba -el insomnio- y salir en patrulla extra oficial a recorrer su barrio. Aquella madrugada, como tantas otras, atisbó los primeros movimientos del mercado de Alonso Cano y bajó hasta Iglesias. Todavía allí la actividad era escasa pero, Martínez Campos abajo, se adivinaba ya el rugido de Miguel Ángel y la Castellana. Eligió Santa Engracia -Joaquín García Morato para él- y paseo tranquilo, revisando de reojo los cierres de peluquerías, comercios, oficinas que aún tardarían unas cuantas horas en abrir. Como tantas veces se demoró ante el expositor del estudio de Alfonso, el gran retratista y reportero al que la dictadura convirtió en fotógrafo de bodas, banquetes y comuniones. Había muerto recientemente, sin haber vuelto nunca a ejercer el periodismo al que su padre y él mismo dignificaron. En realidad, este local lo llevó siempre un hermano suyo, como sucursal del principal de Gran Vía.

Fue entonces cuando percibió como en la plaza, casi fuera de su ángulo de visión, algo más oscuro que las sombras se movía en torno a la entrada de la vieja estación de metro abandonada. Apenas una centésima de segundo. El oficio le llevó hacía allí.

Un candado roto, una reja mal ajustada. Comprobó su linterna. Escaleras abajo.

Un trabajo sucio

Lobo fue durante mucho tiempo uno de los hombres del barrio. Un novio de la muerte, un chico duro. Desde pequeño aprendió a suplir su falta de envergadura con un nervio inagotable, el típico chaval al que tienes que matar si quieres ganarle en una pelea de patio de colegio. Así se ganó el respeto de sus mayores. Nunca estuvo entre los que de verdad mandan, pero aprendió pronto a saludarles con deferencia. Ellos le consideraron mano de obra cualificada. Entró como mascota en la banda del Liansanpó . A los diez se montó por primera vez en un coche robado. A los doce conducía él. A los quince se hizo su primer banco. Se portó como un campeón -daba miedo, empuñando la de los ojos fijos.

A los diecinueve le llamaron para la mili. Y se fue a la legión. Allí se tatuó los brazos y disfrutó de otra forma de vida. Disciplina y orgullo. Se reenganchó un par de veces antes de sentir la necesidad de volver -compañeros licenciados, viejos enfermos. El barrio no era tal como lo recordaba. Poco quedaba de aquello. Muchos

de sus colegas se subieron a un caballo sin retorno, a otros cuantos los abatió la policía: con sentencias judiciales o a balazos. Les dijo a los que de verdad mandaban que él iría por libre, que cuánto era su parte. Fue siempre puntual en sus pagos. Algunos pequeños golpes, llevó mujeres... mantuvo el respeto.

Hasta que lo perdió sobre una mesa de billar. Pensó que era sólo una partida, pero no. Toni Comadreja se atrevió a ningunearle. Rompió una botella contra la gramola y le puso el filo del cristal a dos milímetros de sus pupilas. Aquello pareció arreglarlo. Le seguían trayendo tabaco.

Pero, en realidad, todo cambió. Lobo pensó muchas veces que tenía que haber matado a Toni. O, cuando menos, rajarle la cara. La alteración no fue brusca, pero sí constante. Alguna discusión de más, alguna respuesta desabrida. Lo suficiente para saber que ya no mantenía su posición. Que en cualquier momento le moverían la silla. Agrió su carácter. En cada gesto veía una burla, en cada contestación un desafío. Y respondió con violencia. Todo empeoró. Pasaba el tiempo rumiando cómo hacer algo grande que le devolviese a su lugar.

Esa tarde la pasó, una vez más, en la taberna. La mayoría de los parroquianos miraban el fútbol en la televisión. El estuvo jugueteando a dados con Pajarito y Cosme -le gustaba el pollero. El nunca le perdería el respeto. Demasiados soplamocos desde los tiempos del colegio. Mari Castañuela se había ganado un par de copas de anís contando lo contenta que estaba con su nuevo curro. Un buen dinerillo por pasar las tardes con un viejo solitario y cascarrabias. La pena, que no duraría mucho. Todas las mañanas asistía a rehabilitación al hospital, pero se le veía apagarse por momentos. Les habló de su señorial piso en la zona buena de Chamberí. De su colección de monedas, de cuadros que parecían buenos. Que había intentado camelárselo, pero no hubo manera.

-Ya estás mayor, Mari -dijo Cosme, casi con cariño.

Pero ella se ofendió y les dejó solos.

Lobo apagó con cuidado su cigarro en el abarrotado cenicero.

-Tenemos que hacerle una visita a ese pavo.

A la mañana siguiente Cosme dejó a su mujer al cuidado de la pollería. Se fueron para Chamberí en la furgoneta de reparto. El como especialista, Pajarito como mozo de cuerda y Lobo de jefe. Estudiaron detalladamente el portal y los balcones. Todo estaba tranquilo. Subieron.

A Cosme le costó más de lo previsto saltar la cerradura. Cuando al fin abrió la puerta se encontró de frente con el viejo solitario y cascarrabias. Y con el fogonazo de una treinta y ocho que, a esa distancia, le destrozó la cara. Lobo tiró de estilete e intentó el ataque por encima de su cadáver. El viejo vació el cargador a bocajarro. Pajarito decidió que era el momento de correr. Lobo, que milagrosamente sólo había recibido un impacto en el hombro y un rasguño en la oreja, le siguió escaleras abajo dejando atrás manchas de sangre tensas como cuadros de Pollock. El viejo recargó la pistola y siguió disparando.

En la calle chillaban las sirenas. Cómo podía ser, tan pronto. Los transeúntes, alarmados por los estampidos de la treinta y ocho, miraban por todos lados. Alguno buscaba refugio. Pajarito y Lobo corrieron por los bulevares sin que nadie intentara detenerles. En la plaza encontraron abiertas las escaleras que bajan hacia la estación de metro abandonada.

Se arrojaron a la boca oscura. Las rejas parecían colmillos.

Entrevista sobre el Vampiro

No sé de quién fue la idea, pero, sin duda, fue una idea de mierda. De las de metérsela al ocurrente por el trasero, bien enfundada en un guante de tachuelas.

-Yo conozco al vampiro -voz gutural.

-¿Ah, sí?

-No es humano ni nunca lo ha sido. Están todos equivocados. Ni siquiera puede decirse que sea maligno, porque no se rige por las mismas leyes que los hombres.

“Su raza habita la Tierra desde hace millones de años, un tiempo inabarcable para la mente humana. Surgió del fuego y del magma primigenio, cuando el universo era joven y los planetas, también la Tierra, apenas esferas de materia virgen disparadas a un vacío ignoto y ominoso. Ellos nacieron con las rocas y vieron

con horror como un dios enemigo separó las tinieblas de la luz e hizo el día y la noche. Y como sembró el lugar donde vivían con los odiados árboles y más aún: con formas de vida deformes, imperfectas, a cuyo frente situó a la más despreciable de entre todas ellas. El hombre.

“Los Oscuros hubieron de soportar aquella afrenta, porque el dios era más poderoso que ellos. Primero con ira, luego con repugnancia; pero cuando el pernicioso oxígeno contaminó más y más su atmósfera descubrieron que podían utilizar esa escoria para nutrirse. ¡Ah, cuan desesperado debió sentirse el primer Oscuro que sorbió la sangre de un humano! Como si nosotros comiésemos detritos, estiércol.. Pero en la sangre encontraron la esencia de la vida, la forma de sobrevivir en un planeta forjado a su imagen y semejanza pero insemñado de ponzoña por una deidad vengativa, tal vez celosa de su poder. Y entonces empezó la cacería. Las minúsculas tribus primitivas, apenas recién erguidas sobre sus patas traseras, estuvieron varias veces a punto de ser borradas de la faz de la tierra. Los científicos explican el éxodo desde África por la sequía, por el hambre... ¡Ja! ¡Estaban huyendo! ¿Por qué desaparecieron los neanderthales, mucho más adaptados que los sapiens? Porque, por eso mismo, eran una presa más proteínica, si se me permite la expresión.

“Pero los Oscuros, posiblemente llevados por la soberbia del que es y se siente tan abrumadoramente superior, acabaron por cometer un gravísimo dislate. Se divirtieron contemplando como los homínidos trataban de aplacarlos a base de rezos, ritos y sacrificios, jugaron a dejarles creer que todo eso surtía efecto. Y así aquellos homínidos prosperaron y conocieron y de entre ellos acabó elevándose la enorme figura del gran Hermes Trimegisto. Y Hermes, del que hay quien dice -y no seré yo quien lo niegue- que fue el fruto de la relación anti natura entre un Antigo y una mujer- creció en poder y en saber hasta que logró dominarlos con férreos conjuros y artes llamadas mágicas, y los sometió confinados en las sombras, ligados con ataduras imposibles de romper. Y así el poder cambió de manos en esta tierra nuestra: Egipto, Roma, España... hasta nuestros días.

“Pero la naturaleza del hombre es mezquina: casi desde aquellos lejanos tiempos ha habido quien, tras trabar conocimiento con estos saberes ocultos, ha intentado utilizar a los Oscuros en su propio provecho, sin reparar en el peligro que supone para toda la humanidad. Y se encontraron formas de aflojar las cadenas que Trimegisto en su día impuso, creyéndose con fuerzas para dominar al Terror innominado. Cuando se habla de vampiros, la plebe piensa en Drácula y en el repeinado de Lestat: ¡error! Bram Stoker era un pobre imbécil que se dejó influenciar por las supersticiones de los incultos Cárpatos. Esto es casi como el juego del teléfono estropeado, ¿lo recuerda? En una fila, el primer niño le contaba en voz muy baja un secreto al siguiente. Y éste al otro y el otro al de más allá. Cuando el mensaje llegaba al final de la fila apenas tenía relación con el inicio de la cadena. A Stoker le pasó lo mismo: describió el sonido de las campanas a partir del cuento de un sordo.

“Pero la verdad oculta, los viejos arcanos, sí están a disposición del iniciado: en los escritos de Al Azif, el poeta loco; en el Manuscrito Voynich, en las Conversaciones con los ángeles de John Dee, en Las Clavículas de Salomón... Libros condenados que recogen la manera de contactar y pactar con los Antiguos... de liberarlos y de intentar dominarlos. En síntesis, nuestro problema está muy claro: alguien ha roto los viejos sellos y tenemos un Oscuro, un Primordial caminando entre nosotros.

-Ajá ¿Y alguna pista para localizarlo?

La voz, tan profunda como un túnel del suburbano hasta el momento, adquirió un matiz más humano.

-Es mi cuñada, la Juani. Que en realidad no es mi cuñada porque no es hermana de sangre de mi mujer, es adoptada. Mi suegra, que tuvo un problema con un bulto ahí abajo y después de la operación ya no podía tener más familia. Y ella que quiero un niño, que quiero un niño y mi suegro tuvo que hacer todos los trámites para la adopción y al final les dieron una niña. La Juani, a la que llamo

mi cuñada. Ella es el Oscuro.

-Ajá. Mire, le veo muy, muy preparado con el tema y le voy a solicitar una colaboración más.

-En lo que yo pueda ayudar...

-Es necesario que usted acuda a uno de los puntos altos de la ciudad. El edificio Windsor nos puede valer. Tiene que subir hasta la azotea y acercarse todo lo posible hasta la cornisa. No tiene usted vértigo, ¿verdad?

-No, no...

-Bien. Ahora empieza lo complicado: con la mano izquierda tiene que sujetarse el cuello de la chaqueta y / o abrigo y, a continuación, debe conseguir darse las suficientes patadas en el culo como para superar la cornisa y estrellarse contra el suelo. Creame: lo haría yo mismo encantado, pero ¡estoy demasiado ocupado atendiendo a imbéciles como usted!

-Pero, pero... -la voz subió otras cuantas octavas- ¿Usted no es policía? ¡Usted es funcionario! ¡Yo le pago el sueldo y me debe un respeto!

-¡Que te pires, Benavides!

Tebib colgó el teléfono de un manotazo.

-Será gilipollas...

Central Telefónica

Era la manera que Tebib había elegido para mostrar su rebelión: atendía todas las llamadas con el altavoz conectado. Así a nadie le podía quedar duda sobre la clase de tarados que estaban inundando las centralitas.

Había sido una muestra impecable de televisión moderna, dinámica. Primero una buena ración de noticias políticas desde el ángulo más catastrofista posible. Pero guardando la imparcialidad, claro. Leña al gobierno hasta en el cielo de la boca -se merecía esa y más-, templanza con una oposición de inútiles. Una colección de curiosidades estúpidas y cuarto de hora de cotilleos futboleros. El tiempo, que parece que va a llover en el norte. Un ratito para que los tertulianos clamen con disimulo por el golpe militar que salve esta patria nuestra. Llega el gran momento. Mi rubia carroñera. El jefe supremo. Hombro con hombro. Los televidentes pueden entrar en directo a través de un 906. Y además se sortea una muñeca chochona, si hace falta. Últimas novedades sobre el caso del vampiro. Se trabaja duramente y pronto puede haber grandes revelaciones . Pero la colaboración ciudadana es una

necesidad imperiosa. Fenomenal exclusiva: un grupo de empresas, encabezadas por el Corte Maltés y el BBVASCH, ofrecen una succulenta recompensa por la pista que conduzca a la detención de la alimaña. Momentos para publicidad.

Una idea de mierda.

Se produjo una fenomenal avalancha de llamadas que obligó a destinar a todos los efectivos disponibles a atenderlas. Abandonamos investigaciones. Abandonamos las calles. Era imperiosamente necesario que, cuando la tele realizase conexiones en directo, las imágenes mostrasen las comisarías repletas de maderos al teléfono.

Nosotros fuimos agregados a Chamberí. Habían habilitado a toda prisa una serie de tableros en la sala central, a modo de mesas corridas, y aprovechado cuanto teléfono hubiera por el almacén. Allí nos apiñamos todos: auxiliares, uniformados, secretas, inspectores... cada uno sobrellevando el tema a su manera. Castellanos nos había citado de urgencia en su despacho y luego nos acompañó personalmente hasta la comisaría. Tal vez para evitar el escaqueo. Tan correcto como siempre. Sin decir palabra nos dejó muy claro el mensaje. Órdenes. Ni una objeción. Y se volvió a la Central.

Al fondo de la sala manteníamos sintonizado, en una televisión sin sonido, el magazín de la rubia carroñera. Intentábamos anticiparnos a la visita de la unidad móvil. En aquel momento pasaban un reportaje sobre el partido contra la droga que se celebraría esa misma tarde. El noventa por ciento de los participantes estaba fichado. A más de uno le debieron quitar el turulo de la nariz para que la promoción quedase un poco digna. Nos reímos mucho.

Pero, al fin y al cabo, cada uno estaba solo intentando superar el trance de la mejor manera posible. Conscientes de su inutilidad. Otro día de trabajo, otro día de paga. Ni más ni menos. Al principio, Tebib consiguió cierto éxito con sus charlotadas, pero pronto todos tuvimos, hasta el hartazgo, nuestra propia ración de descerebrados. Él siguió con el manos libres conectado, como un niño que no sabe abandonar el chiste a tiempo, pero los demás ya no le prestaban atención. Uno resolvía crucigramas, otro un solitario... la mayoría aprovechaba para sacar papeleo. Siempre con el auricular pegado a la oreja. Escuchando una inutilidad tras otra.

Junto al puesto que me habían asignado estaban las bandejas con los informes de los patrulleros del último turno de noche. Empecé a hojearlos, por hacer algo. El viejo trabajo a pie de calle. Peleas conyugales. Un escaparate reventado. Trapicheos, fiestas que nunca acaban. De entre todos los impresos -cubiertos de tachaduras, caligrafía ilegible, faltas de ortografía- uno me llamó la atención por su aspecto impoluto. Busqué el nombre del autor: Santiago Anel. Me sorprendió que todavía siguiese allí. Mi mejor cualidad para este trabajo es también mi peor maldición. Nunca, nunca olvido. Coincidió con él unos cuantos años atrás.

Una detención casi de rutina. El sujeto pierde los nervios y nos amenaza con un cuchillo de carnicero. Tebib y yo tiramos de pipa. Anel, un uniformado que venía de comparsa, se coloca en la línea de fuego. Tras cinco tensos minutos de charla consigue que el tipo le entregue el cuchillo. Tebib quería pegarle un tiro. A mí me impresiona el trabajo bien hecho. Tomamos un vaso de café junto a la máquina de la comisaria. Educación exquisita, pero muy distante. Me habla de gusanos de seda y hojas de morera.

Su informe. “6:43 AM. Un movimiento sospechoso me lleva a inspeccionar la garita de acceso a la estación de metro de Chamberí, fuera de servicio. Compruebo que el candado está roto. Decido no comunicar mi posición hasta no recabar un conocimiento más completo del posible problema. Tanto las escaleras como la puerta que comunica con el vestíbulo ofrecen muestras de uso reciente y de cierta asiduidad...”

El Informe Anel

Santiago Anel temía al miedo. Todo se originó cuando el tiroteo: fue la encrucijada en la que cambió el rumbo de su vida. No lo supo desde el primer momento. El sueño aún tardó en presentarse unos meses.

Juan y él en el coche patrulla. Lanzados a la caza, la excitación de hacer algo grande. De repente, el primer impacto en el parabrisas. Una circunferencia perfecta, un agujero negro que en el sueño crece como un organismo con vida propia. No, vida no. Es la nada, el vacío que arrastra a los jóvenes guardias hacia su centro. El coche, la carretera secundaria. Un sumidero por donde escapa el agua de lo conocido.

Santiago nunca más volvió a dormir tranquilo. Los quince, treinta minutos reales de la persecución fueron el instante preciso del cambio de su vida. Pero fue su reacción ante el sueño lo que le permitió comprenderlo. No el momento en el

que bajaron del coche y se palparon uno al otro en busca de heridas, tampoco cuando intentaron averiguar cuántas balas les habían disparado. Entonces asumió que la vida y la muerte son resultado de irresolubles leyes del azar. Fue importante, claro. Pero el giro se produjo cuando apareció el sueño. Y su reacción ante él. Frente al miedo al agujero negro no pudo reaccionar. No luchó. En el sueño, Santiago ve como Juan es devorado antes que él. Lo ve desaparecer entre aullidos, tendiendo una mano inútil en busca de una ayuda que él no le ofrece. Parálisis, bloqueo absoluto. Él, el hombre de acción, no reacciona. El pánico le anula. No el vacío, no el agujero negro. Su reacción.

La misma lógica que le impidió profundizar en cualquier relación fue la que le hizo buscar destinos más tranquilos. No era un compañero en el que poder apoyarse ante una situación de peligro. Tras el tiroteo, Juan y él se convirtieron en hermanos de sangre. Tras el sueño rompió amarras. Dejó el Cuerpo para empezar desde cero. Nunca intentó explicar el porqué con palabras. No sería entendido. Juan se esforzó por mantener el vínculo, pese a la obvia dejadez de su amigo. Algunos años después murió en la explosión de un coche bomba al paso de un autobús cargado de guardias reclutas. No debía estar allí. Su labor era de instrucción. Se subió al autobús en el último momento para acompañar a sus novatos. Santiago vio en la prensa fotos de los cuerpos despedazados. El sueño le asaltaba entonces incluso de día. El vacío. La mano tendida. Las ecuaciones ignoradas del destino.

Una tarde, mientras daba de comer a sus gusanos en la pensión de Virtudes, Juan llegó y se sentó a su lado. “Esa morera ya empieza a secarse, Santi. Hay que salir a buscar”-dijo. Estaba todo ensangrentado y bajo la camisa se adivinaba un bulto que parecían ser sus intestinos, pero, por lo demás, se le veía bastante entero. Santiago lo aceptó con naturalidad. Entonces sí pudo explicarse y fue un alivio ver que Juan lo comprendía, aunque no siempre se mostrase de acuerdo. “En el tiroteo te portaste como un valiente” “Porque no conocía la Nada” “¿Y qué diferencia hay?” “Toda” “Yo también tuve miedo cuando empezaron a dispararnos” “Sí, pero no sabíamos qué había detrás. Después del tiroteo lo supe. Y cuando aparece el

Agujero...” Pero, normalmente, conversaban durante horas sobre gusanos y sobre trabajo, cosas que ambos conocían. Que estaban en su sitio.

De esta manera, con las cartas que le habían servido, Santiago Anel era un buen policía. Conocía sus limitaciones, las encaraba y era capaz de sojuzgar sus impulsos primarios. Siempre tratando de evitar el riesgo a terceros.

Y cuando vio roto el candado de la verja de acceso a la estación supo que tenía que bajar. Algo estaba fuera de sitio. Así, solo, sin nadie a quien fallar, no dudó en descender por aquella sima. Los primeros pasos sobre los peldaños metálicos sonaron como el toque de difuntos en una ermita abandonada. Dirigió el haz de su linterna en lentos barridos de izquierda a derecha. Huellas de uso reciente y continuado. Tampoco debería estar allí. Con tan poca luz, no pudo discernir si correspondían a uno o a varios individuos. Continuó bajando pegado al pasamanos para no alterarlas. La puerta de entrada al vestíbulo. Apagó la linterna. Aguzó el oído. La mano derecha, cerca de su defensa.

Santiago ya había estado en la estación. Al menos, un par de veces. Pero siempre había llegado por los túneles, nunca por el vestíbulo. Era uno de los refugios más utilizados por los vagabundos de la ciudad. La policía estaba al corriente. Controlaba un poco. Principalmente, los municipales. La ocupación era grande en invierno. Un patio de Monipodio subterráneo y con ratas, sin demasiados problemas si se manejaba con cuidado. Con el buen tiempo habría menos sin techo. Quizás algunos chavales.

-Policía. Voy a entrar. Llevo una linterna.

La puerta gira con suavidad sobre sus goznes. Un rápido barrido con la luz baja. Silencio absoluto. Sólo su propia respiración. Entra. Nadie a la vista. Unos pasos hacia las oxidadas estructuras de las taquillas. Se atreve a alzar la linterna.

Graffittis sobre los viejos letreros. Ennegrecidos baldosines en pared y techo. Rápido vistazo al interior de las garitas. Sillas con ruedas, nadie. Algo no está en su sitio. No sabe qué. Una mala sensación.

Intenta recordar el plano. Unas escaleras hacia la salida original. ¿Dos hacia los túneles? La salida primero. Descartada. Una verja cerrada. Al fondo se ve una pared de ladrillos. Comprueba que el candado se mantiene en buen estado. Lo que sea no está por allí. Los pasadizos. Dirección Vallecas. Dirección Cuatro Caminos – Tetuán. Vallecas. Otro aviso: “Policía. Voy a entrar”. Más silencio. Su respiración más pesada. Escaleras. Llega hasta el andén. Nadie. El otro pasadizo. Otras escaleras. El otro andén. Nadie.

Se oye el rugido de un convoy que se acerca. Apaga la linterna. Vislumbra aburridos rostros de viajeros, fotogramas disparados a la oscuridad que desaparecen en un suspiro. Silencio. Vuelve sobre sus pasos. Hay algo mal. Algo está mal. No la ausencia de los vagabundos. Se detiene junto a las portezuelas bajas. Los carteles de Billetes Usados. Balancea la linterna, pensativo. Una puerta discreta cerca de las taquillas. Entreabierta. No la había visto. Una sombra al mover la luz. ¿Una rata? La mano junto a la defensa. Se acerca.

Un pequeño ramo de flores. Frescas. Recientes. Se agacha. El olor.

-¡Vámonos de aquí, Santi! ¡Ahora!

Era la voz de Juan. Santiago Anel no dudó un momento. Se lanzó escaleras arriba hasta salir a la calle, con el miedo mordiéndole el culo. Intentó recobrar el aliento junto a la verja forzada. Los escasos viandantes le miraron extrañados, pero ni su aspecto ni el uniforme invitaban a preguntar. Tenía la boca completamente seca.

-Está limpio, Santi. ¿No te has dado cuenta? -dijo Juan- Recuerda las anteriores visitas: basura, camas de cartones, restos de fogatas... ¡Por Dios, no hay ni ratas! ¿Te acuerdas de las cucarachas? Algo les ha echado. Esto no es cosa de los municipales. No hay señal de operarios, no hay instalación de luces..

-¿Y las flores? ¿Y el olor?

-Algo malo, Santi. No quiero saberlo.

Santiago suspiró.

Tenía que redactar un informe sobre lo que no había para que alguien bajase a la estación a buscarlo.

El vacío.

En la oscuridad

- ¿Dónde estamos?
- Ni idea. No se ve una mierda
- Debe ser una entrada a las alcantarillas.

Pajarito y Lobo se habían dejado caer hasta quedar sentados, las espaldas bloqueando la puerta metálica. Jadeos.

- ¡Joder, esto duele! Y no deja de sangrar.
- La madre que parió al viejo. ¿Le pinchaste?
- Que va. Me saltó algo a los ojos y tiré la sirla a ciegas. Yo creo que eran los sesos de Cosme.
- Pobre.

Sus respiraciones se normalizan poco a poco. Lobo tose y se encoge con el tirón. Ya no están acostumbrados a correr. Aguzan el oído hacia la puerta. Pajarito se levanta.

- ¿Dónde vas?
- No parece que nos hayan seguido. Aparta un poco. Voy a asomarme.

Lobo gime de nuevo al moverse. El hombro. Un avispero de sirenas se cuela por el resquicio. Pajarito cierra de golpe.

- Por ahí no podemos. No tardarán en bajar. En cuanto pregunten.
- ¿Y cómo sabemos que hay otra salida? Esto está más oscuro que los cojones de un grillo. Podemos ahogarnos en una puta cloaca.
- Tú fumas. Tendrás un mechero, ¿no?
- Ah, sí. Lo tengo en el bolsillo de la chupa -nuevo gemido- ¿Puedes cogerlo tú?

Una pequeña llama. Luz muy tenue, apenas lo justo para distinguir un suelo de adoquines. Polvo removido. Fragmentos sueltos. Pajarito avanza un par de pasos. Surgen de la oscuridad unas barras metálicas, un enrejado, el vislumbre de una caseta. Las sombras se estiran y parpadean.

- Esto debe de ser la estación de Chamberí. -silbido- Vaya. Podremos salir por las vías.
- ¿Por las vías del metro?
- Sí. Como mínimo, llegaremos a Bilbao o a Iglesia. Y si hay alguna desviación, a cualquier lado. Hemos tenido suerte. Aquí no nos van a coger. Pero tenemos

que irnos ya. ¿Qué tal la herida?

- Duele.

Pajarito se acerca con el mechero. Lobo, sentado, aprieta una mano contra el hombro herido. Tiene sangre en la cara. Los labios retirados dejan asomar los dientes. Pajarito comprende el apodo de Lobo. Baja la luz. La chaqueta, la camisa empapadas en sangre.

- Sujeta el mechero. Tenemos que hacer algo con eso.

Pajarito se desabrocha la cazadora. Se quita la camiseta y la parte en tiras. El eco multiplica los restallidos de la tela al romperse. Improvisa un vendaje.

- ¿Sabes, Pájaro? Los tiburones pueden oler la sangre de sus presas desde no sé cuanta distancia. Si entras sangrando en un sitio con tiburones, aunque sea lejos, estás jodido.
- Ja, ja. En el metro no hay tiburones. Se los comieron las ratas. Vámonos.
- Tengo que decirte algo -Lobo tragó saliva- Una vez hicimos unas maniobras en el desierto de Almería. Un ejercicio de supervivencia, preparamos unos escondrijos bajo la arena. Alguien se equivocó. Un pelotón de tanques pasó junto a nuestra posición, hubo un derrumbamiento y quedamos sepultados. Tardaron más de seis horas en localizarnos y sacarnos. Pensé que iba a morir allí. Enterrado en vida. Desde entonces, la oscuridad me pone muy, muy nervioso. Hasta duermo siempre con la luz encendida.
- Bueno. Menos mal que tenemos el mechero. ¡Andando!

Pajarito ayuda a Lobo a levantarse, pasando una mano por su cintura. La llama del mechero parece agotarse por momentos. Precaución. La barra que marcaba el

paso a los viajeros. La taquilla. La luz se apaga. Pajarito masculla una maldición. Gira repetidamente la rueda del mechero. Saltan chispas en la absoluta negrura.

- ¿Quién está ahí? -Lobo histérico.
- ¿Qué coño?
- ¡Nos está mirando! ¡He visto sus ojos!
- ¡Cálmate!

La luz prende en ese momento. Apenas un pequeño punto. Pajarito la mueve a su alrededor. Deslumbra más de lo que enseña. Agarra el brazo bueno de Lobo.

- ¡No me sujetes! ¡Hay algo ahí! ¡Está acechando!
- Será una rata. Vamos, Lobo. En los túneles tendremos algo de luz.

Avanzan unos metros más. Todos los sentidos alerta. Un letrero. Dirección Cuatro Caminos – Tetuán. Un pasadizo. Escuchan sus propios pasos. Pajarito nota los músculos trenzados de Lobo bajo la manga. Su respiración entrecortada. Sabe que está al borde del pánico. Teme que eche a correr en cualquier momento. Un tramo de escaleras de bajada. Los peldaños, muy deteriorados. Suelta su brazo para ayudarse con el pasamanos. Un descansillo.

Un tren pasa por la estación, ya no muy lejana. Sonido chirriante de traviesas. El negro se hace un poco más gris.

- ¡Ahí está otra vez! - Lobo, espanto absoluto.

El mechero se apaga. Un silbido corta el aire. Golpe seco. Un cuerpo que se

desploma. El ruido de unos talones arrastrados sobre el pavimento. Pajarito salta hacia el ruido sin pensarlo. Pajarito recibe un fuerte mazazo en la cara. Pajarito cae al suelo conmocionado. Un rugido borboteante.

Sintió como algo alzaba su mole sin dificultad y le arrojaba volando sobre las escaleras hasta estrellarse contra el muro. Entonces perdió el sentido.

_ 0 0 0 _

- Policía, dígame.
- Ejem, hum... ¿Policía, verdad? Llamaba por el tema del vampiro, la recompensa...
- Sí. Cuénteme.
- Soy el profesor Warheitmeister. Llevo un tiempo trabajando en este caso y ahora conseguido fijar la guarida del monstruo sin ningún género de dudas. La configuración de las líneas Hartman indica muy a las claras que...
- Bien. Escúcheme, profesor...
- ¡Vaya! Me estoy quedando sin monedas. Recuerde esta llamada, inspector. Estoy preparado y no necesito ayuda, pero no quiero que nadie venga luego a llevarse el mérito. Voy a bajar.
- ¿Dónde va a bajar?
- La estación de Iglesias. Uy, se cort (...)

Indio colgó el auricular lentamente. Otro zumbado. Mientras no montase algún lío. El informe Anel seguía sobre la mesa. Iglesias, Chamberí... Anel había visto más de lo que reflejaba en el informe, pero ¿qué?. El escrito no cuadraba en absoluto con la imagen del veterano policía.

En la improvisada central telefónica se produjo un momento de silencio. Y entonces se oyó crepitar la radio del cuerpo de guardia, en la sala de al lado.

- Todas las unidades disponibles, zona de Luchana, Santa Engracia. Hemos perdido a los sospechosos del tiroteo. Repito, hemos perdido a los sospechosos. Atraco con un muerto, calle Luchana, vistos huyendo hacia Plaza de Chamberí, Eduardo Dato. Refuerzos, por favor.

Indio dio un respingo al escuchar la localización. Miró el informe Anel. Miró el teléfono. Demasiadas Coincidencias.

- ¡Tebib!
- ¿Qué?
- Nos vamos. ¿Dónde puedo conseguir unas linternas?

Vacío

Ángel Manuel Soriano de las Flores, el profesor Wahrheitmeister según él, miró su reloj de nuevo. Miró los andenes. No acababan de quedar vacíos. No podía arriesgarse a que alguien diese aviso al jefe de estación. El tiempo pasaba. Miró su reloj. El reloj que le había regalado su esposa cuando las bodas de plata. En el restaurante de Roquetas. Se había compinchado con aquel camarero tan majo. ¿Cómo se llamaba? Sacudió la cabeza. Miró los andenes. Apretó el maletín de piel sobre sus rodillas.

Otro tren llegó a la estación, vació su carga. Los viajeros se arremolinaron hacia los pasillos. Wahrheitmeister miró a su derecha. Miró a su izquierda. Ningún rezagado. Sin dudar. Saltó a las vías. Se lastimó un tobillo, nada grave. Se internó en el túnel

Por delante: no menos de quinientos metros en suave curva, que no le

permitiría ver adelante ni atrás. Oscuridad punteada por escasas lámparas de emergencia. En el maletín, entre otros instrumentos especializados, una linterna frontal. No la usaría hasta llegar a Chamberí. Tampoco el péndulo. Ni, con suerte, la canana bajo el abrigo.

Pasó un tren por la vía de enfrente. Luego, otro por la suya. Se pegó a la pared. Se manchó la ropa. Catalina siempre se tomó con rechifla sus estudios sobre lo oculto -"ya estás con eso". Como todos sus conocidos del barrio. Él, que ya entonces empezaba a ser reconocido como una autoridad. O, cuando menos, como un oyente al que tener en cuenta en las tertulias radiofónicas. Se sobresaltó al escuchar el correteo de una pareja de ratas. Se detuvo un segundo. Se pasó la mano por la frente. Todos sus estudios, sus investigaciones, le habían conducido irremisiblemente al punto en que se encontraba. El momento álgido de su vida: él había conseguido localizar al ente maligno que asolaba la ciudad. Sin lugar para la duda. Sólo restaba su eliminación. Y entonces alcanzaría al fin el reconocimiento debido. Continuó avanzando en la oscuridad del túnel

¡Paco! El camarero de Roquetas se llamaba Paco. ¡Qué bien los trató! Era un poco tartamudo y tenía ese horrible lunar en la mejilla, pero se los ganó con su gracejo y su atención constante. Se rieron mucho con él. Fueron buenos días, aquellos. En realidad todo su matrimonio. Catalina y él habían disfrutado de una vida plácida, sin altibajos. Sólo les quedó la espinita de los hijos que nunca llegaron. De jóvenes no les importó: incluso pensaron que mejor así. Con los años, la espinita se convirtió en un dolor fantasma, como cuando el Manco se quejaba de la mano que perdió. La marcha de Catalina hubiese sido distinta. No hubiese quedado tan solo.

Sintió acercarse un tren justo tras el primer atisbo de la estación. Cruzó las vías. Allí era peligroso. El camino se angostaba, pese al recorte a mordiscos de los andenes. Las luces del tren le iluminaron con rápidos brochazos. Dejó que desapareciese por completo en la curva. Trepó al andén.

Deja el maletín en el suelo. Se coloca el frontal, pero no lo enciende. Saca el péndulo. Respira profundo. Se concentra.

Un movimiento tras él.

– ¡Eh!

Es sólo un instante. Warheitmeister lo vive como en una película ralentizada. Suelta el péndulo. Su mano vuela hacia la canana bajo el abrigo. Una de las estacas. Giro. Con el mismo impulso clava la estaca en el pecho del vampiro. La afilada punta resbala sobre el esternón. Encuentra un hueco entre las costillas. Se hunde hasta el corazón. Un estertor ahogado.

El péndulo llega al suelo y rebota un par de veces antes de detenerse.

Un cuerpo cae.

Warheitmeister deja escapar el aliento. Las horas de entrenamiento ante el espejo no han sido en vano. Espera el fognazo. Espera el crepitar del cuerpo al convertirse en cenizas. No llega.

Saca otra estaca de la canana. Enciende el frontal. Busca el cuerpo. Lo ilumina.

Algo ha salido mal.

Muy mal.

Juan estaba allí agazapado. En algún lugar al fondo de su cabeza. No decía nada. Sentía su respiración. Sentía su miedo. En silencio.

Santiago Anel pasó una mala mañana. Entregó su informe. Vio como el sargento lo dejaba en la bandeja. Subió al coche patrulla con Carlos Cifuentes. Iniciaron las rondas señaladas. Más de las habituales. La mayor parte de sus compañeros atendían llamadas sobre el vampiro.

Cifuentes parloteaba. Cifuentes se quejaba del sueldo, de los mandos, de los putos yonkis. Santiago rememoraba cada uno de los minutos que pasó allá abajo.

Juan lo supo antes que él.

- Vas a ir.
- Tengo que ir.
- No vas a meter a Cifuentes en esto.
- Sabes que no.

Le dijo que se sentía mal. Que le dejase en el consultorio.

- Llamo al sargento. ¿Te acompaño?
- Sigue la ronda. Hoy estamos pocos en la calle. Te localizo si no es nada.

Entró en el consultorio. Salió por la puerta de atrás. Fue a la estación de Iglesias. Habló con el segurata al mando. Unos vagabundos...

- Hace tiempo que no vemos. El buen tiempo, o les tratarán mejor en el

albergue.

- Me pareció.
- ¿Le mando uno de mis hombres?
- Es sólo un vistazo. No quiero molestar. Mejor voy solo.
- Tenga cuidado.

Bajó al andén. Bajó a las vías. Avanzó por el túnel Decidido. Empujándose. Era su trabajo. Tenía que hacerlo.

Una de las luces de emergencia le mostró la figura que caminaba más adelante. Parecía un viejo, con abrigo y ¿una bolsa?. ¿Un vagabundo, después de todo?

- Él no es peligroso. -dijo Juan.

La voz de su amigo le reconfortó. Mantuvo una distancia.

Poco antes de llegar a Chamberí se cruzó con un tren. Su luz iluminó de nuevo al viejo. Se apretaba contra la pared de enfrente. Abrazado a un antiguo maletín de médico. Lo conocía. Era el tipo que le cobraba a su patrona de la calle Virtudes el recibo de los muertos. ¿Qué demonios hacía allí?

El viejo subió al andén con gran dificultad. Trasteó con el maletín, se quedó quieto. Santiago subió tras él. Iba a preguntarle. Ni siquiera soltó la presilla de la cartuchera.

El viejo se giró más rápido de lo que nunca hubiera podido imaginar. Santiago

notó un golpetazo en el pecho. Notó como se le rompía el corazón. Cayó.

De la penumbra surgió un pequeño agujero de luz, que empezó a crecer rápidamente hasta comerse todo su campo visual.

– Así que, después de todo, el vacío es blanco -pensó.

Al final del agujero apareció Juan, sonriendo.

Estaba muy bello. Ya no se le veían los intestinos bajo la camisa.

Con las manos manchadas de sangre

Warheitmeister miró hipnotizado el cadáver del policía a sus pies. La estaca, en el centro del pecho. La sangre empapando la camisa. Un reguero avanzando por las estrías del pavimento. Densa, negra. Cómo podía haber llegado a ocurrir. Qué hacía allí ese tipo. No tenía que estar allí. Su movimiento había sido inapelable. Amenaza – respuesta. Si hubiera sido el monstruo... estaría mirando un esqueleto carbonizado en vez de la cara de asombro de aquel imbécil. Todo habría terminado.

Sintió aproximarse el bramido de un convoy. Apagó el frontal. Dio un par de pasos hacia la pared. Las luces de las ventanillas alargaron las sombras como un bosque de cipreses.

Warheitmeister se pasó una mano por las mejillas. No queda otra. Hay que rematar. Busca en el maletín una estaca para sustituir a la usada. El péndulo... dónde cayó. Busca a tuestas. Encuentra el reguero de sangre. Luz del frontal. Los ojos

del muerto acusan: te has manchado las manos con mi sangre. Ahí está el péndulo.

Se mueve.

Se está moviendo. Apunta...

Apenas una caricia en el aire.

Le da tiempo a girar la cabeza. El golpe, demoledor, sobre el hombro derecho. Unos ojos brillantes, unos labios rojos que se retraen. Un aliento pútrido. Un manotazo al frontal. Sombras chinescas en la pared. Unas garras en el cuello. Le derriba / caen. La diestra, inútil. No puede sacar la estaca con la zurda. Se asfixia Su cabeza contra el suelo, una y otra vez. Las babas del monstruo le caen sobre la cara. Está siendo derrotado. Se asoma a un abismo todavía más oscuro. El enemigo acerca su aliento. Otro golpe. Otro golpe. Sus brazos se derrumban.

Sus dedos se crispan sobre el reguero de sangre muerta.

Un sorbido de babas. Un gruñido.

Fundido a negro.

Pajarito y el Deber

Los niños pueden ser crueles. Indio fue hijo de madre soltera en una ciudad de provincias. Ojos hundidos. Pómulos marcados. Nariz grande. Se ganó el mote desde el primer día de colegio. Siempre fue retraído. Nunca quiso conocer a su padre. Usó los puños cuando lo creyó necesario. Se hizo policía porque lo creyó necesario.

Estuvo bajo las órdenes de Castellanos en el País Vasco. Allí conoció a Tebib. Una operación conjunta, gente de varias comisarías, una batería de registros en territorio hostil. Su primera impresión de Tebib: una mole de músculo encajada a duras penas en el asiento trasero de un coche camuflado. Sonrisa de maníaco Una recortada sobre las rodillas. “Me gustan los cartuchos de postas. Huelen a... ¡victoria!”. Él solo rompió las hostilidades. Fue una operación violenta. Salieron en todos los papeles como ejemplo de brutalidad policial. Fue una operación efectiva. Consiguieron pruebas concluyentes para un montón de procedimientos. A Indio no le gustó. Entendía su trabajo de otra manera.

Castellanos le reclamó para la nueva Brigada en Madrid. Le asignó a Tebib como compañero. Indio quiso renunciar. “Prueba” -le dijo Castellanos. La tarde siguiente supo que podía odiarlo. A los seis meses se sorprendió pensando que era un buen tipo al que tener de tu lado cuando las papas queman. Habían formado un equipo. Un equipo muy efectivo. Y esa era su cruz. Y, así, todos estos años. Y así partieron, juntos, hacia la plaza de Chamberí.

Cancela rota. Escaleras. Puerta. Oscuridad. Linternas. Vestíbulo . Tal y cómo aparecía en el informe de Anel. Nadie. Nada. Taquillas. Rincón escondido, puerta entreabierta. Uno a cada lado. Se miran a los ojos. Sincronizan las respiraciones. Tres, dos. Pistola por delante. La linterna en la otra mano, cruzada equilibrando el pulso. Uno. Dentro.

Tebib cubre desde el dintel. Indio hace un barrido. Flores. Flores en latas, en vasos, en botellas de plástico recortadas. Hojas de periódico en la pared. ¿Por qué?: no hay ninguna lámpara. Un arcón sobre unas borriquetas. Vacío. Sólo tierra. No hay más salida. El tipo éste ¿cómo se llama?. Pajarito, sí. ¿Qué hace allí? Atado a una silla de madera, amordazado, pestañeando a la luz de las linternas. ¿Qué pinta éste aquí?. A su derecha un cuerpo colgado boca abajo. De su cuello cae un hilillo de sangre a un barreño de plástico.

Indio comprueba que no hay más lugar para esconderse. Comprueba el cuerpo. Muerto, claro. Un pedazo de carne desgarrada en la garganta. La sangre cae ya gota a gota, con sonido de minuterero. En el barreño no está toda la sangre que falta. Indio reconoce los tatuajes. Lobo. ¿Qué está pasando?. Acerca sus labios al oído de Pajarito.

¿Sabes dónde están?

Negación. Un cabezazo hacia el vestíbulo. Tebib mira por encima de su hombro.

- Te voy a quitar la mordaza. No hagas ningún ruido.

Indio indica por señas a Tebib que intente cantar la posición por el walkie. Y solicitar refuerzos.

- Ahora te voy a soltar, Pajarito. Sal de aquí y espera en la plaza. Mis compañeros están de camino. ¿Cuántos hay, Pájaro? ¿Uno o más?
- Es uno sólo. Pero no sé lo que es.
- Pírate ya – y su instinto le dice que todo, todo, está muy jodido.

Indio y Tebib en el vestíbulo. Tebib se alumbró con la linterna. Señala su pecho y luego uno de los pasillos. Al Indio le marca el otro. Enseña los dientes. Se separan. Las pistolas por delante.

Pajarito sube las escaleras de cuatro en cuatro. Pero se detiene. En su cabeza: muchos años atrás, en el petrolero. Un golpe de mar lo arroja al agua. Lo saca un corso. Al que le había partido la cara un par de días antes, no recuerda porqué. De saber nadar, él hubiera hecho lo mismo. Estaban en el mismo barco. Recuerda los chillidos de Lobo. Recuerda su último estertor, desde lo más profundo de las entrañas. Recuerda el sorbeteo. Justo, lo que le dijo su madre que nunca se podía hacer con la sopa.

Se da la vuelta.

Y todos los pecados serán perdonados

- Ven. Siéntate a mi lado. No llores. Cuéntamelo.
- Tú ya lo sabes. Tú me avisaste.
- Muchas veces. Pero quiero oír cómo lo cuentas.
- Me enviaste el sueño de la manzana podrida...
- Sí.
- ... llena de gusanos. Me desperté. Reconocí el mensaje como tuyo.

“No llegué ni a levantarme de la bendita tierra cuando el merodeador ya se había largado. Loco de ira recorrí cada rincón del refugio. Todo estaba contaminado con sus asquerosas huellas. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué; tampoco podía esperar hasta la noche. Y entonces sentí la llegada de los otros dos y, de inmediato, el dulce, dulce olor de la sangre. Quise atacarlos sin más, pero me mandaste a la

hermana araña y supe lo que querías de mí. Me calmé. Fue hasta divertido. Me senté a su lado y escuché sus balbuceantes tonterías, sus esperanzas, mientras yo trazaba mi plan, hasta salivaba de anticipación. Como la araña, esperé el lugar y el momento adecuado. Tan sencillo, tan elegante... Sabes, incluso tuve mi momento de soberbia. Todos mis actos los hago para engrandecer tu gloria, lo sabes, pero llegué a regocijarme pensando en lo orgulloso que podías estar por la forma en la que era capaz de superar cuantas pruebas me enviabas...

- Me resulta muy difícil explicaros cuál es mi voluntad, cuál la razón de mis actos.
- Sí, lo sé. Pero no por eso dejo de intentarlo, mi señor.
- Y entonces...
- Entonces guardé parte del alimento para más adelante y saqué mi sed con el otro. Aún ahito del sagrado elixir, con las sobras chorreándome por la barbilla, me llegó el aroma inconfundible de sangre derramada con violencia y supe que tenía más presas a mi disposición y no quise desairarlas y fui y cacé, todavía más fácil, y cuando volvía con otro cuerpo para el granero sentí nuevas presencias y me dije que era tiempo de cosecha y entoné una silenciosa plegaria por lo generoso que te mostrabas conmigo, y me embosqué: trepé hasta el techo, hasta los ganchos de las antiguas lámparas, esperé y, cuando llegó el intruso caí sobre él, era muy grande, muy fuerte, pero le sorprendí, rompí su abominable luz, clavé las uñas en su espalda y apreté, arañé, mordí, mordí, mordí como nunca y él empezaba a ceder cuando apareció el otro, debía haber saltado por los andenes, me cegó con la puta luz, no antes de ver su pistola, me cubrí con el grandote, pero las rodillas se le doblaban y caía y me arrastraba y supe que aquel no era el camino y lo arrojé contra el otro con todas las fuerzas que me quedaban y rodaron en confuso montón escaleras abajo y yo decidí huir, retirarme para poder atacarlos uno a uno; resbalé por los escalones, subí...
- No lloriquees. Ve más despacio.

- ... y tropecé contra el tercero, la res que había guardado para el mañana, los otros debieron liberarle y yo, en plena cacería, no me di cuenta, me olvide de él. Chocamos, él me empujó con gran violencia: volé por encima de los otros, él pareció volar también, caímos juntos donde el bulto que había arrastrado y y allí nos enzarzamos, me golpeó muy duro, yo no encontraba su cuello, manoteábamos, me aplastaba, me escabullí, giramos sobre nosotros mismos, busqué sus ojos, tenía miedo que llegase alguno de los otros, hundí las uñas en sus corneas, gritó, uno de los ojos vació su líquido pegajoso, pero, el otro... el otro saltó limpiamente, se coló entré mis dientes y yo creí ahogarme, me quedé todo sorprendido y el buey aprovechó para sacar algo de entre su cuerpo y el del bulto caído, me agarró de los pelos, me incorporó y... sentí como la materia odiada, en la que ya no queda ningún flujo de vida, se abría paso en mi pecho hasta el centro del corazón y lo atravesó y siguió adelante y...
- Llegaste aquí.
- A tu presencia.
- Eres mi hijo bienamado y te acojo feliz en mi seno. Has cumplido tu misión con creces: la semilla que puse en ti no cayó en terreno baldío. El fruto ha sido generoso.

“Pero ahora todo ha terminado.

“Todo ha terminado.

“Es la hora de ...

_ o O o _

Lo primero que preguntaste fue si era una tía.

Me acordé de alguien.

Un epílogo

- ¿Qué piensas, Indio?
- Sólo tengo una cosa clara: Pajarito se merece una medalla. No sé porqué lo ha hecho. Se ha jugado la vida cuando podía haberse largado tranquilamente.

La estación de Chamberí bulle de gente como en su mejor época: policía científica, personal clínico, forenses, los del juzgado. Los medios aguardan arriba, en la plaza, impacientes porque se acerca la hora de los noticiarios y quedaría muy bien entrar en directo desde abajo. Hay tarea para todos.

Tres cadáveres.

Un delincuente habitual, colgado boca abajo de un gancho. Lo que le quedaba de sangre ya hace tiempo que está en el barreño.

Un policía de uniforme, con una estaca en el corazón y un reguero de sangre coagulada que forma dibujos geométricos sobre el pavimento.

El vampiro, con otra estaca en el corazón y la boca llena de sangre. Ajena.

Tres heridos graves, que ya habían sido retirados en camillas.

El viejo. Conmoción cerebral severa, al borde del coma. Nadie se explica qué hacía allí. Sobre su pecho, una canana de cazador llena de estacas. Con dos huecos libres.

Pajarito, al que parecía haber atropellado un tren. Preguntó por su ojo de cristal. Del otro no decía nada, pero el sanitario se santiguó al verlo.

A Tebib no se lo llevaron mucho mejor: jirones de carne le colgaban de hombros y cuello, la espalda llena de arañazos profundos como los latigazos de un amotinado inglés. Se fue pidiendo una botella de whisky y una bala para morder. Antes de las fanfarronadas, muy bajito, le preguntó al Indio si aquello era una tía.

Indio, en un rincón junto a Castellanos, fuma un cigarrillo tras otro. Intenta que la adrenalina baje a niveles normales. Él no es un novato. No

es, ni por asomo, su primer escenario del crimen. Pero, lo que aquí ha sentido... Sobre todo en el cuarto tras las taquillas. El olor. Todos sus nervios se pusieron a mandar señales equívocas, como brújulas desnortadas por un imán. Fue todo tan... fugaz.

Tebib y él se separaron. Oyó los ruidos de lucha. Saltó por los andenes. Alumbró con la linterna. Tebib con eso colgado a la espalda. Sin sitio para disparar. Un “¡Alto, Policía!” previsiblemente inútil. Eso le lanzó encima los ciento veinte kilos de Tebib con la fuerza de una catapulta. Embrollo de cuerpos cayendo. El aire de algo pasó sobre ellos. Y otra vez. Consiguió desembarazarse del cuerpo de Tebib. Buscó con la linterna: Pajarito y lo otro luchando en el suelo.

Pajarito le levantó la cabeza tirando del pelo.

Indio encontró su mirada. Pupilas que queman.

Vio Odio.

Vio Miedo.

Vio Ira.

Vio Desesperación.

La boca goteando sangre.

Y en la siguiente milésima de segundo, Pajarito lo mató.

El grito, el aullido del que clama a las puertas del infierno.

Indio sacude la cabeza. Moreno, el de la Científica, se acerca donde ellos.

- Vengo de hablar con el forense. Ha pedido que le hagan la prueba

de la rabia a los heridos.

- ¿Rabia?
- Sí. En un primer examen del cadáver ha encontrado señales que podrían indicar porfiria. Pero sospecha de la agresividad exacerbada, la posible fotofobia, quizás alucinaciones sobre su condición de vampiro... Pueden apuntar a la rabia. No quiere correr riesgos.
- Curioso. Por lo que sé, la porfiria es hereditaria. Semilla de tus progenitores. Pero la rabia es contagiosa: la adquieres.
- Ninguno de los dos diagnósticos es todavía seguro. Lo que está claro es la psicopatía Sólo con lo que hemos encontrado en el cuarto tenemos bastante trabajo. Las flores, el arcón de tierra -habrá que ver de dónde lo ha traído-, los recortes de prensa de los asesinatos y de todo tipo de tragedias... Hay una pequeña cajita de madera, como un relicario, con una colección de objetos que creo podremos relacionar con cada una de las víctimas.
- Por lo menos está muerto. Ningún abogado encontrará un eximente para eso.
- Por cierto, inspector: permítame felicitarle. Ha sido un gran trabajo.
- Míreme: no tengo ni un rasguño. Yo poco he hecho – Indio enciende un nuevo cigarrillo - Me gustaría pedirle un favor, Moreno.
- Si está de mi mano.
- En caso de que encuentren cualquier objeto relacionado con Carmen Helena Flores ahí dentro, me gustaría ser el primero en saberlo.

Castellanos hace un gesto de fastidio.

- ¿Todavía con eso, Indio? ¿Sigues pensando en un segundo asesino?
- Ahora saldremos de dudas.

Sumario

Gran palacio del Billar.....	2
Valentín.....	5
Los Oliván.....	9
Pajarito.....	14
Ella.....	17
Cosme, Poeta.....	21
En una isla lejana.....	24
Warheitmeister.....	27
Gusano de seda.....	30
Un trabajo sucio.....	33
Entrevista sobre el Vampiro.....	36
Central Telefónica.....	40
El Informe Anel.....	43
En la oscuridad.....	48
Vacío.....	54
Con las manos manchadas de sangre.....	60
Pajarito y el Deber.....	62
Y todos los pecados serán perdonados.....	65
Un epílogo.....	68